

nuestro capitán participándole que tres de la columna no podían siquiera moverse. Para cerciorarse de si era o no verdad, se indicó al Mayor Médico los reconociera.

Recargados contra el bajareque; exangües, casi desnudos y sin fuerzas suficientes a soportar el mausser, encontró el doctor a los tres soldados... Uno de ellos, pugnando inútilmente por tenerse en pie, hubo de conformarse con levantar la mano a la visera mascullando:—Damos a usted nuestra palabra de incorporarnos con las escoltas de mañana.

Interrogó el capitán al mayor y éste, sin ambages, dijo no saber si cual lo afirmaban podrían o no incorporarse; lo que sí no se explicaba era cómo habían podido llegar hasta allí. Esto bastó: el capitán llamó por teléfono a la Matriz, dando parte de lo ocurrido y anunció la salida para nuestro destino.

La mujer y los niños estaban listos en su cabalgadura; amarrado en las ancas Juanito y el pequeño en sus brazos.

Debíamos presentar de seguro un mal aspecto: mal comidos, mal tratados y mal dirigidos.

Sin calzado; hechos girones los vesti-

dos, pegada la ropa al cuerpo gracias al sudor. Menos mal los que sólo ropa interior teníamos, pero ¿los vestidos de mezclilla? ¿y los que llevaban el vestido de paño?

La vegetación lujuriosa, lejos de refrescar con su fronda, arrojaba sobre nosotros un vaho enervante.

Ni al capitán le ocurrió exigirnos orden en la marcha, ni de haberle ocurrido lo hubiera logrado.

Sólo ella parecía no haber recorrido una milla; sólo ella parecía no preocuparse del peligro; sólo ella no desesperaba de la parte por recorrer con tal de llegar. Para su cerebro todo se traducía así: Mi esposo manda el destacamento de Nohbec; acaban de atacarle los indios. Es preciso ir allá para que bese y abrace a sus hijos si vive... para curarle si le hirieron... para llorarle si le han muerto.

Y en todo ello, ni un gesto, ni una súplica; dolor concentrado y ungido por el dulce placer de llorar. Dos hilos temblorosos escapaban de sus negros ojos gotteando sobre la cabeza del pequeño que, ajeno de penas, sonreía.

Si algún incidente nos obligaba a hacer alto, infaliblemente preguntaba Juanito

si era allí donde se encontraba su papá; si se lo entregarían los indios; si era verdad que los desvestían para machetearlos, y por qué hacían aquello.

Cual serpiente perezosa moviase la columna por la ondulante vereda obstruida con los árboles derribados de intento por el enemigo o arrancados de cuajo durante algún chubasco.

No agrupación de soldados, sino horda escapada del presidio debíamos parecer. Hablaban de eso los deformados cráneos; las frentes deprimidas; los dientes achataados; los caninos salientes; las orejas de asa de algunos; el aire marcadamente estúpido de los más. Debo advertirlo: las bajas de los batallones de la guarnición se cubren con los de libertad preparatoria de Ulúa; como antes de un año cada batallón se diezma, ¿cuál será el contingente de presidio? ¿qué restará del primitivo batallón transcurridos dos años o más?

Todo el grupo hablaba de eso; todos traían una criminal historia en recuerdo o nuevos crímenes en cartera. ¡Y a ellos, a nosotros, estaba confiada la defensa del Territorio!

Mientras más lo consideraba, me ex-

plicaba menos la causa de aquella guerra llamada de pacificación. La serie de ¿por qué? se me presentaba enérgica, en tropel, me danzaban en los aires las interrogaciones como garabatillos fosforescentes.

He aquí cuanto ocupa de hecho el Gobierno, en una extensión de miles de kilómetros cuadrados: Al Oriente, la entrada por mar al Territorio; de allí parte una línea hasta la Capital con tres o cuatro destacamentos en el intermedio; destacamentos sostenidos por diez o veinte hombres. De la Capital se bifurca esa línea, extendiéndose una hacia el Sur y termina en la frontera extranjera; la otra marcha al Noroeste siendo su punto de término el límite con Yucatán. A lo largo de una y otra línea y de veinte en veinte kilómetros hay unos cuantos destacamentos en las mismas condiciones que los anteriormente descritos. El resto está en poder de los indios.

¿Cuál es la razón de existencia de tales destacamentos? ¿Por qué están allí esos hombres aislados, haciendo vida de fieras? Condenados a vivir y morirse dentro de pantanos; en lucha constante con un enemigo que les hiere a mansalva y se

retira sin daño a sus aduares después de haberles robado y herido; sin esperanza de relevo como no sea por causa de muerte...; se releva a los muertos con los vivos... entre tanto que éstos mueren!

Jamás una visita de médico, si no es cuando comunican que el jefe del destacamento está "muy grave," y por supuesto el doctor llega con la oportunidad necesaria para ordenar se le dé inmediatamente sepultura... y se incinere cuanto le ha pertenecido. Es contagiosa la tisis!

Después de tantos años de terminada oficialmente la guerra ¿se vive aún así? ¡Oh espada!... ¿qué sabes tú de administrar! ¿Esta sangría no tendrá término? ¿Hasta cuándo este holocausto de víctimas en aras de la torpeza?

¿Tendría razón Fermín? ¿Conque se había emprendido aquella campaña para que unos cuantos señores se pudieran repartir, dentro de los salones de un ministerio, hectáreas de terreno a granel? ¡traer empleados, operarios y soldados sólo para dar garantías a los explotadores! ¡traer cuadrillas de esclavos, sin cuidarse de sus vidas con tal que ellos pudieran repartirse a fin de año altos di-

videndos, allá, repantigados en sus sillones...!

Ajeno a las peripecias de aquella marcha forzada, apenas si bastaba a distraerme de mi viaje por el mundo del análisis la abnegada mujercita presa del dulce arrobamiento de desbordar en lágrimas su pena; sin reír a Juanito cuando a reír se echaba con ligereza propia de su edad, al oír los reniegos, ajos y tasajos de la tropa; sin cansarse de llevar en brazos al pequeñín que la reía a más y mejor cuando le caían en sus carrillos de pétalo las gotas de llanto... suponiendo tal vez fuera aquel uno de tantos juegos de la buena madre.

—Adelante—decía el comandante— a tal hora debemos llegar a Sutjas. Pronto, hijos; ya descansarán. Adelante.

Con fatal insistencia volvía mi pensamiento al tema: ¿qué esperamos? ¿qué medidas tomar para conjurar el presente? ¿cuáles para salvar el porvenir?

¿A dónde iba aquella promiscuidad de administración militar y civil, si bien civil lo era sólo de nombre? Como el Jefe

de la Zona decía en los trances apurados: "—Aquí la Constitución soy yo, como dijo Carlomano"... ¡Pobre Carlomagno, y cuán ajeno estuvo de pensar en decirlo!

Y pensé con enojo en los destacamentos: el jefe del punto era el árbitro y a él debían estar sometidas las demás autoridades. Un militarismo uitrajante.

Lo que a raíz de terminada la campaña podía invocarse como disculpa, dados los años transcurridos, habíase transformado en culpa...

* * *

Nuevamente detúvose la marcha. Faltaba uno de la tropa; nadie se dió cuenta de ello, pero resultaba probable esto: que aprovechando una de las vueltas más pronunciadas del camino, se internó dentro del monte. Destacáronse cuatro en su busca sin haber conseguido encontrarle. ¿Una desertión? ¿uno de los muchos casos en que el soldado presa de un acceso palúdico, siente la necesidad de caminar, huir, escaparse...? ¿Un caso de extravío dentro el monte? ¿eran tan frecuentes! ¿El monte es vengativo! Se internan para coger un fruto, para buscar el agua, y él se venga haciéndoles vagar y vagar

en busca de salida. La ronda de aves de rapiña denunciará el lugar donde cayó!

La mujer examinaba el bosque en todas direcciones con visible impaciencia y Juanillo pedía se le desatara porque ya se le habían entumecido las piernas.

—Aguarda un poco; mira: si no llegamos, quién sabe si nunca más le veremos.

Se ordenó tocar llamada; los momentos eran preciosos y no podían perderse así como quiera. Incorporáronse los que en busca del soldado habían ido, sin haber logrado inquirir su paradero.

—¡Adelante!

El ¡anda! ¡anda! de Ashavero debe arrancar a su rugosa faz algo del gesto con que la muchedumbre escuchó la orden de marcha.

Serían las dos de la tarde. Dos horas más y estaríamos al fin de la jornada.

¡Loado sea Dios! Dos soldados marchaban a nuestro encuentro; de Sutjas debían regresar con seguro. Uno de ellos se adelantó al capitán, asegurando ser de los que batieron a los indios, desprendiéndose para ello del destacamento inmediato al oír el tiroteo; pero no les había parecido prudente alejarse, por si

fuere plan del enemigo debilitarlo, para caer sobre él.

Se les ordenó incorporarse y continuar con nosotros la marcha hasta Nohbec. La madre de las criaturas se les acercó para inquirir detalles.

Recomendó el capitán toda serie de precauciones, pues nos hallábamos en la zona peligrosa: el lugar de los sucesos estaba ya cercano. Su proximidad logró borrar entre nosotros la impresión del cansancio. Pensábamos tal vez en lo que dentro de pocos momentos miraríamos...

Por uno y otro lado, derribaron los indios los postes de las líneas telegráfica y telefónica, utilizando el alambre como parque; diseminadas en todas direcciones contamos hasta cien trincheras.

Nadie se hizo ilusiones: triste, muy triste debió haber sido la suerte de los vencidos.

Al fin, allá, a lo lejos, un claro en el monte; era el campo de tiro; sobre él y en siniestra ronda cerníanse millares de aves de rapaña.

Inundó nuestros corazones una angustia desconocida.

Lo que nos esperaba debía sobrepasar

a los horrores hasta entonces presenciados.

Al llegar a un saliente del monte, y ya dentro del campo de tiro, un horroroso grito partió de nuestros pechos.

Alarmadas las aves, extendieron sus alas negras y fueron a posarse en las copas de los árboles vecinos. Las interrumpíamos en pleno festín.

Osamentas dispersas... miembros en putrefacción... coágulos de sangre en todas partes. ¡Ni una casa! Cenizas... troncos aun humeantes... eso era todo. ¡Eso restaba de Nohbec!

A la derecha levantóse con estrépito otra bandada de zopilotes, y al internarnos en el monte, revolcándose, presa de indecible angustia, vimos a uno de los soldados supervivientes, con una pierna herida. La bala disparada probablemente a corta distancia, hizo estragos espantosos.

Muy cerca del herido estaban los cadáveres de dos indios en completo estado de descomposición y devorados en parte.

Dijonos con débil voz que, en busca de salida y a rastras, pudo llegar hasta aquel punto sin percatarse de la proximidad de los muertos, sino cuando se vió

también atacado por las aves de rapiña a quienes de seguro atraía el hedor de su pierna; se habían empezado a agusanar las heridas. A pedradas, a palos habíase visto obligado a defenderse de ellas, pero tenaces, no se retiraban sino para volver con mayor encarnizamiento a acometerle.

—Animo,—dijo el doctor cariñosamente —hay esperanzas.

Nos improvisamos enfermeros llevándole bajo una enramada; nuestros camaradas la construyeron cerca del lugar en que hacía unas horas todavía se levantaba el cuartel.

Una vez curada y vendada su pierna, rodeámosle, más para oír de los labios del único testigo presencial lo ocurrido, que por interés de su salud.

Temerosos de si alguna complicación le impediría hablar más tarde, le hicimos mil preguntas, contestadas no sin trabajo a causa de su debilidad.

Logramos saber cómo y cuándo ocurrió el desastre.

Fué el asalto por la mañana, aprovechando los indios la hora de salida de las escoltas para uno y otro lado del camino.

Debían haber estado sobre aviso de la

llegada de provisiones y el presupuesto del mes.

Tan rápido, tan inopinado fué el asalto, que cuando se oyó el grito de ¡A las armas! ya el enemigo había penetrado en la cuadra. Dieron muerte a seis soldados y lleváronse las armas y el parque.

De golpe se presentó a todos la inutilidad de la resistencia; se pensó en huir... ¡imposible!

Seguidos de cerca por centenares de mayas, caían acribillados por las balas, y no bien habían caído, se les destrozaba sin compasión a machetazos.

El bizarro jefe del punto, dos asistentes y cuatro heridos, se parapetaron como mejor pudieron dentro de la comandancia... ¡inútil! Rodeados materialmente por el enemigo, bastábale a éste arrancar las varas del jacal, para hacer desde allí blanco seguro sobre sus víctimas.

Debieron comprender los indios el peligro de la espera y se apresuraron a consumir el martirio: prendieron fuego a la casa y un terror pánico se apoderó de cuantos en ella se guarecían; abandonaron el recinto arrojándose sobre los asaltantes sin dejar de hacer fuego...

El teniente, el teniente era su presa deseada y como jauría hambrienta le envolvieron...

—A esto debí mi salvación, decía el herido; entre el confuso tropel me escabullí. No tenía arma, no tenía parque... pobre de mi teniente. Desde mi escondrijo vi cómo le sujetaban con alambre por debajo de las arcas; cómo le amarraron a uno de los caballetes del jacal. Después de él a todos, a todos los heridos... después amontonaron leña bajo sus pies, y la pira ardió... Ardió luego el campamento entero, y miré destacándose sobre el color vivísimo del fuego aquellas sombras de endemoniados que arrastraban fatigosamente a los muertos para arrojarlos sobre la fantástica pira...

Un grito capaz de partir el alma detuvo al narrador... volvimos la cara... Nadie había reparado en que la viuda había oído la narración del asalto.

Nos impuso respeto su hondo, su reconcentrado dolor; abrazada a sus hijos repetía sin darse cuenta tal vez de toda la amargura que sus frases envolvían:—Se acabó... se acabó... Mis hijos... mis hijos...

Yo comprendía perfectamente que, no

siendo esposa legítima del teniente, ni el recurso podía asistirle de solicitar una pensión; no serían título para obtenerla ni sus criaturas nacidas en el campamento, si no estaban registradas. ¿Y en dónde hacerlo, si no había oficinas del Registro Civil?

Sufrir y rodar.

Se extinguía la tarde sin transición, sin crepúsculo.

Allá, a lo lejos, avanzaba una nube tormentosa.

Ante el cuadro desolador se aferraban a mi cerebro las palabras de Fermín:

“Esta guerra se hizo para enriquecer a unos cuantos bribones... que allá, repantigados en los sillones de sus escritorios, contemplan desde la gradería, como en los tiempos de la Roma en decadencia, la enrojecida arena donde se debate, sin redención, la carne de malaria... En donde se derrumban sin gloria ni triunfo los vencidos...”

NOHBEC, DICIEMBRE 1903.



EL AGUILUCHO

ME dijo alguien que allá en sus mocedades fué soldado e impuso como los fuertes su voluntad... Podrá ser cierto; cuando yo le conocí gemía bajo la esclavitud de las faldas de Isaura (a) La Nigua.

Curiosa pareja de enamorados: frisaba él en los ochenta y de sesenta, meses más, meses menos, no bajaba ella.

Por su carácter duro, sanguinario, le hicieron nuestro capataz mayor. Capataz de capataces si dijéramos.

Era su segundo en mando y tercero en amores, Verás (a) El Consuetudinario, de quien pudiera decirse: sólo una borrachera se ha puesto en su vida... si bien ésta empezó largos años atrás.

Y fué ese triunvirato el Alma Negra del Territorio. El Consuetudinario sugería; la Nigua estudiaba si la camándula propuesta se traducía para ella en provecho pecuniario... y el Aguilucho ejecutaba: para eso tenía la autoridad.

Me sentí atraído de formar la psicología de mi hombre, pero... ¿en dónde fundarla? Sus antecedentes llegaron a mí envueltos en el vapor de la leyenda; databan de lejos, de las épocas de revolución; en su ambiente campeaban sangre y puñales. Había pertenecido nuestro héroe a la guerrilla del fatídico general Rojas, por quien sentía una acendrada admiración rayana en culto.

Terminada la revolución le utilizaron como sicario y después, rodando de bote en bote, llegó a nosotros.

No sabemos si fué valiente; sí nos consta que era sanguinario.

Y hubiera continuado nuestra conversación sobre este punto, de no haberle divisado dando el brazo a su avellanada Nigua y seguidos de cerca por Verás.

Con la tarea pendiente, no era cosa de gastarse el tiempo en charlar; nuestra cuadrilla estaba bajo sus órdenes y debíamos cortarle, mañana por mañana, de

veinte a treinta tercios de ramón que, vendidos en la ciudad, formaban una de sus muchas *buscas*, como él decía.

—¿A onde va éste?

—A los "Ojitos de Agua," su hacienda.

Una careajada incisiva saludó la ocurrencia.

Con efecto: de injusto pecaría si al negarle cualidades concedidas por otros, no le cargase al "Haber" su astucia.

Allá por 1905, se dirigió el Aguilucho a sus jefes en un memorial asegurando que la mortalidad de "Ojitos de Agua" era tal, que, de las familias allí radicadas se podía afirmar tenían el deliberado propósito de suicidarse. Era de urgente necesidad incendiar "Ojitos de Agua."

El Gobierno nunca se ha sabido de la misa la media en cuanto al Territorio se refiere, y acordó de conformidad. Y allí fué el sacar a las familias con perjuicio de sus intereses y el atropellarlas sin miramientos para proceder al incendio. Era el fuego uno de los amores del Aguilucho... reminiscencias de su época de guerrillero; del discípulo de Rojas—díganlo si no, las tiendas de Iberri y Almilli—

Estaban aún humeantes los tizones,

cuando volvió nuevamente a dirigirse a sus jefes pidiendo le concedieran en propiedad "Ojitos de Agua"... y le fueron otorgados. Entonces el Aguilucho se llevó a vivir al mismo punto una cuadrilla tres veces más numerosa que la población radicada anteriormente.

De "Ojitos de Agua" se hizo un ingenio, una finca, algo así... y de la cuadrilla los esclavos.

Y había que andarse vivo en el trabajo, porque el Aguilucho utilizaba a guisa de lengua... el rebenque de los capataces.

—Mira tú—, dijo uno del corrincho— ¿y Verás? Haciéndose el cargo. Era que, en esos momentos, como frecuentemente acontecía, la Nigua se puso a hacer ciquiricatas al viejo y tirándole del bigote le decía: "Quita allá, niño mío."

Concluida la revista de sus propiedades, emprendieron la vuelta a la ciudad.

Pensaba yo al verlos: cómo ese viejo, cómo ese guiñapo, llevando a rastras los pies, era joven y era ágil cuando ejercía venganza sobre sus enemigos. Llamaba enemigos a cuantos a su copricho no se doblegaban.

En su género y para ser capataz, casi resultaba un Salomón. Oíamosle citas

históricas cada cinco minutos; pero sus citas eran como ésta: El marqués H. tuvo amores con la reina X. Yo lo he leído (así, sin acento) en el Vizconde de Branjelone.

O de estas otras: Aquí se hace lo que mando y no discutan porque como Carlomano dijo: Yo soy la Costitución.

*

*

La tarea de ese día tocó a su término. Hacíamos sobre una plataforma el "ramón" emprendiendo alegres el regreso a la ciudad.

En la puerta de la barraca nos esperaba la carantoña de la Nigua y allí fué el repasar los tercios. Si este no está completo; si lo de más allá. Después a cargar cada quien el suyo para hacer los entregos en el mercado.

El Aguilucho no se mezclaba en eso... le bastaba con recoger el dinero por las tardes. Una verdadera fiebre de acumularlo le había invadido. El tiempo que sus labores oficiales le dejaban libre, dedicábalo al cultivo de cebollas, rábanos o chiles, y habían de oírle exclamar no sin contonearse un tanto: "¿Quién iba a decirme que yo, El Aguilucho, como dicen

esos majaderos; yo, soldado de la campaña de Reforma; compadre de Rojas, aquel militarazo, había de verme.... pues... así, de cuenta chiles!"

Esto no le impedía recoger cuidadosamente el agua de lluvia para venderla al pueblo a precio exorbitante.

No fué obstáculo tampoco, para prestar por conducto de la Nigua dinero a los empleados, con garantía de sus recibos y un cincuenta por ciento de interés.

Como no lo era para ocuparnos en trabajos de los comerciantes... y por supuesto él hacía la contrata dejándose no mala parte del producto.

Como no lo fué para apropiarse de los materiales de construcción de la extinta ciudad de La Gaviota, destruida por el Gobierno a moción suya, utilizándolos para construcción de casas, ya para sí, ya para sus favoritos. Allí estaban si no las de Verás y Blanquete.

Una fiebre, una verdadera fiebre de lucro.

* *

—¿Onde vas con eso?

Interrogaba así la Nigua,—de quien justificadamente decíamos: No pierde pi-

sada—, a un operario que conducía un enorme cajón de provisiones. Apenas si podía con él.

No supo o no quiso responder el aludido, y ella, sin dejar de contar los tercios por supuesto, gritó: ¡Chacho! ¡Chacho!

Y al asomar el Aguilucho, "Mira; mira no más."

Por no comprometerse, masculló el operario una respuesta, pero al oír la orden del vejete: "Denle unos cuantos palos, ya se le desentumirá la lengua," cantó de plano. Eran las provisiones para Leonarda (a) La Carpanta, querida de uno de los hijos del Aguilucho y a la cual tenía viviendo en la misma casa paterna: es de advertir que, convencidos padre e hijo de lo costoso de la broma de sostener querida, encontraron uno y otro el secreto de mantenerlas a costa de la Nación.

—¿No te lo dije, Chacho? Corre a ese lépero; ya nos perdió el respeto.

Y allí surgió el conflicto, porque las otras hijas del Aguilucho, al oír lo anterior se desataron en improperios gritando a su padre cómo permitía a esa esto y lo otro, hablar así de su hermano.

Y volaron dimes y diretes; si la Nigua